

Editorial

Que la ciencia y la tecnología se han situado en el núcleo de los desarrollos económicos de las sociedades modernas es una afirmación que empieza a ser repetitiva. Son fuertes las evidencias que señalan de qué manera las naciones que invierten un porcentaje importante de su ingreso en actividades de ciencia y tecnología (ACTI) presentan crecimiento económico sostenido. Alemania y Japón llegan a destinar cerca del 3% anual de su respectivo PIB en ACTI, Estados Unidos lo hace a un ritmo promedio de 2,5%, España 2%, Brasil 1,7% y Colombia un modesto 0,4%.

No se puede establecer cuál sería el porcentaje ideal de inversión para que un país despegue y aproveche las ventajas de tener una dinámica económica cifrada en la ciencia y la tecnología, pero a la luz de la lógica más simple se hace evidente que no hay cosechas sin inversión. Colombia ha mantenido una política tímida frente a la investigación y el desarrollo tecnológico, y si bien ha habido estrategias que en su momento quisieron expandir el apoyo económico a la ciencia como dedicar el 10% de las regalías mineras a proyectos de investigación, la estructura de planeación y ejecución dejaron más bien éxitos magros frente a las expectativas generadas por el programa.

Se han hecho otros intentos por fortalecer todo el sistema de ciencia y tecnología como el de las becas nacionales e internacionales a estudiantes de doctorado y la posterior invitación a su regreso al país con la estrategia “es tiempo de volver” pero, y de nuevo, los resultados no

fueron del todo satisfactorios. La cualificación del personal dedicado a ACTI también ha visto las acciones de COLCIENCIAS en lo referente a la categorización de grupos, apertura de convocatorias, acompañamiento a procesos de investigación formativa, entre otras estrategias a las que al menos hay que agradecer la recta intención.

Sin embargo, cunde la insatisfacción a la par con la certeza de que no importaría si se incrementa de tajo el porcentaje del PIB dedicado a ACTI porque lo que todo lo anterior demuestra es que sin una sólida política de ciencia, tecnología e innovación es infructuoso, oneroso e injusto con la nación tener un presupuesto mayor que se desperdicie en intentos de corto plazo, programas sin orientación o acciones que lucen reactivas, desconectadas y coyunturales. Lo preocupante es que algo tan evidente no tenga respuestas acordes con las necesidades del país, y de continuar así más pronto que tarde la gente terminará creyendo, injustamente, que la ciencia es un hobby caro de mantener.

Además de lo anterior, y de la mano con las preocupaciones de la sociedad, aparece otro elemento que hace presión a la praxis de la investigación y es todo lo atinente al riesgo tecnológico y el lugar del experto en las deliberaciones sobre asuntos que afectan la realidad de la ciudadanía. Si por una parte ciframos en la ciencia nuestras esperanzas por encontrar la cura a las enfermedades, mejores fuentes de producción de energía en términos de eficiencia y sostenibilidad así como respuestas a las distintas y

complejas situaciones que nos aquejan, por otra se hacen sentir los temores que emergen junto a desarrollos que conllevan enormes riesgos: terapia génica, energía nuclear u organismos genéticamente modificados pueden ser citados entre algunos de los temas que con mayor frecuencia hacen sonar las alarmas.

¿Quién y cómo decide qué resultados de la investigación debemos apoyar? ¿Debemos desarrollar y utilizar todo aquello que somos capaces de hacer? ¿Las decisiones de los expertos refuerzan o debilitan la democracia en términos de participación? Estas y otras preguntas vuelven sobre el importante asunto de la relación ciencia y democracia. Y en tiempos de presupuestos restringidos, investigación orientada a problemas regionales o reclamos por desatención a necesidades ciudadanas, hacen pen-

sar que una especie de contrato social entre la ciencia y la sociedad es requerido y hasta necesario.

Por todo lo hasta aquí expuesto parece que la imagen idílica y hasta ingenua con la que de manera común vemos o percibimos a la ciencia y la tecnología requiere de mayor atención; y de la misma manera que usamos la expresión burlesca de que la política es muy importante como para dejarla en manos de los políticos, lo mismo cabría decir con respecto a la ciencia: sus desarrollos son tan trascendentales para la vida de la sociedad que no puede dejarse al albur del determinismo tecnológico: creer que nos basta con apoyar a la ciencia y tecnología y sentarnos a observar su poder renovador.

Manuel Cancelado Jiménez, PhD